

Homilía Vigilia de Pentecostés

Queridos hermanos y hermanas:

Todavía luchando por salir de la terrible experiencia del Covid 19, nos reunimos hoy en esta parroquia del Inmaculado Corazón de María para celebrar unidos, en comunión con todos los laicos de nuestra Diócesis, la Solemne Vigilia de Pentecostés.

La palabra de Dios que ha sido proclamada nos introduce en el misterio del pueblo de Dios que camina en la historia desde los comienzos mismo de la creación.

La primera lectura del libro del Génesis nos dice que al emigrar el hombre de Oriente, se establecieron en una llanura en el país de Senaar y se dijeron unos a otros: Vamos a construir una torre que alcance el cielo. Aquella torre se llamó Babel, porque allí confundió el Señor la lengua de toda la tierra.

La segunda lectura del Ezequiel sitúa al profeta del Señor ante aquellos huesos muertos de la casa de Israel para decirles que escuchen la palabra del señor que dice:” Yo mismo infundiré espíritu sobre vosotros y viviréis”.

La tercera lectura de Joel insiste en que la fuerza del espíritu traerá la salvación a todo el que invoque el nombre del Señor y pondrá de nuevo en pié la casa de Sión.

La carta a los Romanos del apóstol San Pablo nos asegura que el Espíritu acude en ayuda de nuestra debilidad y que es el mismo Espíritu el

que desde nuestros corazones intercede por nosotros con gemidos inefables.

Este es el Espíritu que descendió sobre los apóstoles el día de Pentecostés: “Se les aparecieron unas lenguas como de fuego que dividiéndose se posaron sobre cada uno de ellos: quedaron todos llenos del Espíritu Santo y se pusieron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les concedía expresarse” (Hech. 2,3-4).

La reacción primera de todos los que acogieron el mensaje de los apóstoles el día de Pentecostés fue. “Todos les oímos hablar en nuestra lengua de las maravillas del Señor” (Hech. 2,11b).

El don de lenguas, el poder hablar de las cosas de Dios sin miedos ni reservas, es el gran milagro de Pentecostés. El Espíritu que el Señor envió a su Iglesia es la fuente de su fuerza misionera y la misteriosa energía que sostiene la evangelización.

El papa Francisco nos ha dicho con resuelta claridad en la Evangelii Gaudium que la Iglesia de nuestros días necesita una profunda renovación y que ésta solo puede venir a través de su misión evangelizadora :” Sueño con una opción misionera capaz de transformarlo todo, para que las costumbres, los estilos, los horarios, el lenguaje y toda estructura eclesial se conviertan en un cauce adecuado para la evangelización del mundo más que para autopreservación. La reforma de estructuras que exige la conversión pastoral solo puede entenderse en este sentido” (E. G.,27).

La misión, la evangelización, son la fuente original de la vida y de la renovación de la Iglesia. Así nació la Iglesia de Jesucristo con la llamada original a la misión : “ Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra. Id, pues, y haced discípulo a todas las gentes, bautizándoles en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado. Sabed que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo (Mat. 28,18-20).

El Concilio Vaticano II renovó esta conciencia misionera de la Iglesia en el contexto de la cultura contemporánea. Un compromiso que la Iglesia en el siglo XXI siente como su necesidad más urgente e improrrogable.

Nuestra Iglesia necesita recuperar con fuerza y con gozo la misión. Así lo ha expresado con admirable claridad y valentía el reciente Congreso de Laicos de Madrid que se celebró con la participación de un grupo importante de laicos de esta Diócesis bajo el lema “ Pueblo de Dios en salida”. En la ponencia final se dijo con convicción : “ Los laicos somos una parte fundamental del pueblo de Dios. También los laicos somos discípulos misioneros de Jesús. No somos una cosa u otra, sino discípulos misioneros, sin separaciones, sin divisiones, sin compartimentos estancos. Somos discípulos misioneros: con la mirada puesta en Jesús, conscientes de nuestra propia vocación y con una vida entregada a los demás” (Ponencia Final).

Estamos en el tiempo en que nuestra Diócesis tiene que hacer realidad todo aquello que vivimos y sentimos con alegría en el Congreso de Laicos de Madrid. Los laicos de nuestra Diócesis tienen derecho a esperar de sus responsables pastorales una propuesta atractiva y clara de una renovación pastoral diocesana en la que también ellos sean protagonistas. Esta es la gran esperanza que le presentamos al Señor para que la haga posible, la impulse y la bendiga con la venida del Espíritu Santo, cuya fiesta estamos celebrando unidos con María, Madre nuestra y Madre de la Iglesia. Amen

Luis Quinteiro Fiuza

Obispo de Tui-Vigo